

EL MUNDO DE LAS DAMAS

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES Á «LA ILUSTRACION IBÉRICA»

Año I

JULIO de 1887

Núm. 7

SUMARIO

TEXTO.—*Ecos del mundo elegante*, por Josefa Pujol de Collado.—*Explicación de los grabados*, por Lavinia.—*Don Fa-tutto*, por Paul de Musset (continuación) (traducción de C. M.)

GRABADOS.—1. Primeró. Traje para jardín. Segundo. Traje para comidas.—2. Traje para casa.—3. Trajes para baile.—4. Modelo de traje para casa.—5. Trajes para niños.—6. Ropa blanca.—7. Trajes infantiles.—8. Idem, idem.—9. Trajes para jardín.—10. Sombrero *Don Juan*.—11.—Sombrero *Capeline*.—12. Sombrero *Montespan*.—13. Sombrero *Ninon*.—14. Joyas regias.—15. Medias última novedad.—16. Sombrero parisien.—17. Trajes para señora y niño.

ECOS

DEL
MUNDO ELEGANTE

Nuestra breve descripción de modas, que abarca las metamorfosis operadas en el arte de vestir, en las primeras capitales del mundo civilizado, es tarea, amadas lectoras, sumamente agradable, puesto que en todas partes escogemos la manifestación más simpática y bella de la moda, reproduciéndola fielmente en estas columnas con el único objeto de facilitar á las damas españolas la corriente general del buen gusto, y contribuir á que con las ideas dispersas de todos los países, se pueda cada una formar un modo de vestir especial y propio, que en esto y no en otra cosa consiste la verdadera elegancia y distinción.

Figura hoy á la cabeza del mundo elegante el fantaseador París, enviándonos una verdadera inundación de sombreros caprichosísimos, pocos, muy pocos de paja, los más de crespon, *surah* y encajes. Predomina en la capital francesa la forma de sombreros de anchas alas, si bien sujetándolos siempre á artística forma, y nosotros creemos también que esas hechuras son las más á propósito para la estación que atravesamos. Gran profusión de flores resalta en los sombreros de París, y la tendencia mar-

cada es elegir flores silvestres en vez de las de jardín para este objeto. Espigas y amapolas son la nota dominante en esta clase de adornos.

Londres por su parte nos ofrece un completo y variado surtido de chaquetillas cerradas con cuello alto, muy lisas y algunas de ellas con adornos de pasamanería cruzando el pecho, predomina allí la manga estrecha y larga y también algunas solapas, si bien estas últimas no se han adoptado con furor.

En Viena, las faldas y túnicas completamente lisas gozan de general aceptación y parece

se en el cuello como adorno, si el cuerpo es escotado, una cinta negra bordada con piedras preciosas.

Y en España, adorables lectoras mías, como todo el mundo se ocupa de viajes, sólo predominan las combinaciones de vestidos propios para campo y playa, siendo algunas de ellas elegantes y sencillas sobre toda ponderación. Para campo, ningún vestido más á propósito que el de satén de algodón, en cuyo caso la falda deberá ser plegada, la túnica con elegantes drapeados formando *pouf*, y el cuerpo cha-

queta con bie-ses por todo adorno y solapas de otro satén que armonice con el del vestido; las carteras de las mangas deben hacerse del mismo género que las solapas y los bie-ses. Para los trajes propiamente llamados de playa ninguna tela es tan á propósito como la limosina en color crudo. Un modelo hemos visto combinado con tela escocesa que era una maravilla de elegancia. También las combinaciones de vigonia y *surah* son recomendables para trajes de campo, y la faya y la lana estampada para trajes de paseo.

Precisa no olvidar que

durante el estío los vestidos deben ser sencillos y cómodos, no ya sólo para el campo sino áun los destinados á usarse en la capital. Con el calor todo agobia, dejemos pues para el invierno la profusión de adornos y los vestidos muy apretados. Hoy la comodidad se impone como ley y es indispensable usar esos encantadores tejidos de fantasía frescos, ligeros y áun económicos, que la diosa del buen gusto nos indica como únicos elementos de la verdadera elegancia.

Sombreros de paja con alas anchas pero de graciosa forma, guantes altos de seda, sombrillas de seda también con puño rústico, zapato bajo y media de seda bordada, faldas lisas ó plegadas pero sin volantes y cuerpos blusa con cinturones de cuero; hé aquí los últimos decretos de la moda. No costará ciertamente violen-



TRAJE PARA JARDÍN



TRAJE PARA COMIDAS

NÚM. 1.

que la moda fatigada de la profusión de adornos que habitualmente la caracteriza, tiende decididamente hacia la más encantadora sencillez. Las faldas lisas vienesas se llevan bastante tela, porque los cogidos deben ser naturalmente espléndidos, y para su confección se eligen géneros ligeros, pero de esos que no tienen tendencia á ahuecarse, precaución que desde luego se comprende justa, porque un vestido liso pero con mucha tela y volandero, tocaría en los temibles límites de lo ridículo.

Usanse con verdadero furor en Berlín las medias bordadas en diferentes matices, siendo regularmente el fondo de color ceniza, heliotropo, rosa y áun granate. Estos bordados son de mucho relieve y producen agradable efecto. En los vestidos más elegantes de las damas berlinesas, predomina el encaje y la faya, llevándo-

cia á nuestras damas el seguirlos, porque cuando la comodidad se une á la elegancia en gracioso consorcio, parece que se ha conseguido el bello ideal femenino.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS

GRABADO NÚM. 1. 1.º—*Traje para jardín.*—No es posible imaginar traje más elegante y rico. Con falda y túnica de seda adoptando la forma más sencilla, le enriquece sobremanera un cuerpo de brocado rosa, adornado con profusión de encajes blancos. La forma especial del cuerpo es abierta por delante, con plegados en el delantero y grandes solapas hacia los hombros, manga estrecha y lisa, guante alto de seda, sombrilla de seda también con gran lazo en el mango de la misma, elegante combinación de palo santo y marfil. Un grupo de margaritas silvestres destaca junto al escote, hilos y medallón de perlas aprisiona la garganta, y un caprichoso sombrero que recuerda la forma archiduquesa, remata gallardamente el artístico conjunto.

2.º—*Traje para comidas.*—Estodo negro, mezcla deliciosa de encaje y seda cubre la falda, que sólo ostenta á su extremo un volante plegado, otro volante ancho de encaje bordado con azabache, el cuerpo es de rigurosa novedad, es decir, aldeta cortísima; hasta tal punto, que casi no la tiene. También es de seda el cuerpo, y cubierto por completo de encajes colocados con esplendidez y gracia, puesto que en ello consiste el gusto de la modista encargada de su confección. Pabellones de encaje también, forman la manga una cinta de faya negra con brillantes, adorna la garganta un alfiler de brillantes en forma de cardo, cierra el escote y una sencillísima diadema de brillantes y perlas adorna graciosamente el artístico peinado.

GRABADO NÚM. 2.—*Trajes para casa.*—Preocupación constante son para las señoras elegantes los trajes de casa, siendo así que ellos son indiscretos reveladores del buen ó mal acierto en el vestir. Los cuatro modelos que ofrecemos se inspiran en el deseo de dar idea exacta de las novedades más en boga, sobre todo á las señoras que se dispongan á buscar en distintas regiones de las del centro de España refrigerantes brisas. Dos de esos trajes llevan chaquetilla de seda rayada, uno de ellos el de chaleco más ajustado, tiene la raya más pequeña que el otro y ofrece la variante de ser diagonal, los otros dos trajes para climas menos fríos, son de satén igualmente á rayas, con sobrefalda completamente lisa, cuerpo con solapas muy holgado y manga estrecha y larga.

GRABADO NÚM. 3.—*Trajes para baile.*—Son los dos de irreprochable elegancia, de seda blanca lisa el primero, con sobrefalda de gasa, grandes lazos hacia atrás no muy largos, cuerpo de peto y escote cuadrado, siendo el cuerpo en su parte superior á pliegues. El segundo de esos trajes es rico y lindísimo á la par: faya rosa pálido, forma la falda á pliegues y una finísima gasa sembrada de flores de plata, la cubre por medio de elegantes recogidos, sirviendo de broches grupos de perlas; el cuerpo también es de peto, con escote terminando en punta, que adornan ricos encajes, formando fichú. Los dos trajes se ajustan, como pueden apreciar nuestras bellas lectoras de EL MUNDO DE LAS DAMAS, á las prescripciones de la más perfecta elegancia.



2.—TRAJES PARA CASA

GRABADO NÚM. 4.—*Modelo de traje para casa.*—La falda es á cuadros grandes y lisa, la túnica lisa también, está dispuesta de tan caprichosa manera por medio de cogidos, que forma pequeños *paniers* á ambos lados, sirviéndoles de adorno un ancho fleco de azabache. La chaquetilla es de seda lisa, aldeta corta y abierta hacia los lados, llevando por único adorno en su terminación, dos hileras de perlas negras, combinadas, brillantes y mates, adorno que se repite en los fruncidos de la manga, cuello y solapas, que son sólo figuradas.

GRABADO NÚM. 5.—*Trajes para niños.*—El de la niña mayor es de lana á cuadros, todo plegado, una banda tan solo le ciñe ligeramente rematando con un gran lazo. La parte superior del vestido adopta la forma de canesú, y el cuello y las carteras de las mangas son de terciopelo, lo propio que el lazo, con el cual termina la banda.

Respecto al trajecito del bebé, es de delgadísima franela, con tira bordada alrededor y encima la tira tres trencillas de seda; carece de

mangas, y el babero es de *crochet*, con dibujo de estrellas menudas.

GRABADO NÚM. 6.—*Ropa blanca.*—Modelos para camisas propias para niño, baberos y pantalones de verano. Juzgamos absolutamente inútil hacer la explicación de esas sencillísimas prendas interiores que tan perfectamente detalla el grabado y que son harto conocidas de todas las madres. Basta y sobra con el dibujo para que se comprenda la idea sin el menor esfuerzo. La única variante que se puede establecer hasta lo infinito, es la mayor ó menor riqueza de los géneros, y para esto, no hay mejor regulador que la fortuna de cada uno. Recomendamos, no obstante, que en el corte de estas prendas, se procure la amplitud que sea

competible con la gracia de la hechura, porque la comodidad es casi elemento de vida para los niños.

GRABADO NÚM. 7.—*Trajes infantiles.*—No sin decidida intención hemos puesto particular interés en ocuparnos de trajes propios para niños. Es éste, detalle importantísimo de la moda que aprecian en su justo valor las madres, puesto que, contribuir con elegantes atavíos al embellecimiento de los ángeles del hogar, es uno de los más dulces goces á la maternidad reservados, y por esta causa damos con gusto preferente parte en el presente número á los trajes infantiles. El que reproduce nuestro grabado, propio para niña de seis años, es muy elegante y cómodo. Se confecciona con raso rayado, lleva chaleco de terciopelo, banda de faya y á la terminación del vestido ancho volante de encaje. Usanse mucho, como puede verse en el figurín que describimos, medias rayadas para las niñas y zapato bajo adornado con lazo. Los sombreros infantiles deben ser, ó de alas anchas, ó bien muy inclinadas hacia

el rostro, con objeto de protegerle de los rigores del sol.

Lo repetimos, la moda no puede ser agradable ni cumplir su misión, si no es al par de útil, bella y cómoda.

Los trajes destinados á las personas mayores, pueden ser algo ceñidos aún en la época del calor, pero los de los niños, siempre, lo mismo en verano que en invierno, deben ostentar la holgura necesaria para favorecer el desarrollo sin por eso prescindir de las principales reglas de la elegancia y el buen gusto.

GRABADO NÚM. 8.—Este grabado abarca variedad de trajes infantiles en diferentes edades y da idea general de la moda. La franela para los niños más pequeños es indispensable é higiénica, pudiéndose desde luego elegirla muy fina para la época del calor. Casi siempre los trajes de franela llevan por adorno tiras bordadas, porque los encajes no armonizan del todo con ese tejido de lana. Cuando los trajes son como algunos del grupo que describimos de telas labradas, géneros, calados, fayas, velo religiosa ó lanillas, entonces el encaje crudo ar-

moniza bien y enriquece los trajes. Siguen usándose las bandas en niñas de cinco á siete años como podrán ver nuestras lectoras, los volantes plegados y los trajecitos marineros han sufrido alguna modificación que indica el figurín del niño, que está á la izquierda y en primer término del grabado.

GRABADO NÚM. 9.—*Trajes para jardín*.—En estos trajes debe competir siempre la comodidad con la elegancia si se desea que llenen cumplidamente su objeto, y los dos que ofrecemos á las lindas lectoras de EL MUNDO DE LAS DAMAS, bajo ese punto de vista responden al más exigente gusto. Tiene el primero de ambos modelos, falda velo religiosa, con volantitos plegados en toda su extensión, túnica de la seda á

rayas que tanto se lleva este verano, adoptando la forma abierta por delante y lisa por detrás, con solo unos cogidos formando *pouf*. El cuerpo es escotado con camiseta velo religiosa y encaje, sombrero de paja amarillenta, con flores silvestres por adorno, y guante alto de seda cruda. El segundo figurín es una distinguida combinación de lana lisa y lana á cuadros, con la sola diferencia de que la falda es lisa y la combinación de cuadros en vez de formar túnica, adopta la forma de delantal y cuerpo sin mangas, haciéndose estas últimas de la tela del vestido. En cuanto á los sombreros, también difiere algo en la forma, pero la paja es igual y los adornos se ajustan asimismo al estilo y gusto campestre.

GRABADO NÚM. 10.—*Sombrero DON JUAN*.—

No nos parece muy ajustado al gusto español la forma especial de este sombrero, pero le incluimos en la sección de grabados por ser de última novedad. El casco es negro de encaje y bordado con azabache, una ruche de gasa le rodea á manera de turbante, plegándose luego graciosamente al cuello y un pompón de pequeñas plumas, pero muy alto, completa el sombrero, contrastando notablemente con la copa, que es baja, muy baja, hasta el punto de afectar la forma de una capota.

GRABADO NÚM. 11.—*Sombrero CAPELINE*.—Es de paja color márfil, recordando la conocida forma calesa, si bien tiene la variante de no bajar por igual las alas hacia el rostro; el ala izquierda baja mucho más que la derecha, se



3.—TRAJES PARA BAILE



4.—MODELO DE TRAJE PARA CASA

forra con gasa azul pálido, moteada, cintas y flores colocadas á capricho, pero con mucha profusión, constituyen el adorno de este sombrero lindísimo, propio para jovencita y muy á propósito para la época del calor.

GRABADO NÚM. 12.—*Sombrero MONTESPAN*.—Llama desde luego la atención entre todos este modelo por su graciosa gallardía. Su espléndida ala sombrea artísticamente el rostro por el lado derecho, y hacia el izquierdo se levanta resueltamente, ostentando un precioso forro de encaje plata. El casco es blanco y un grupo de rosas *the*, campanillas ligeramente azuladas y lazos de seda *crème* le completan, formando un todo elegantísimo y bello.

GRABADO NÚM. 13.—*Sombrero NINON*.—Nada más sencillo que este modelo, la paja es á tiras y afecta artística rusticidad, un bias ancho de seda aprisiona la copa y dos lazos del mismo adorno sumamente sencillos se elevan hacia la parte izquierda, acompañando el nacimiento de dos soberbias plumas, que caen mucho más bajas que el sombrero, dándole un aspecto completamente original y distinguido.

GRABADO NÚM. 14.—*Joyas regias*.—La suntuosa colección de joyas que reproduce nuestro grabado han sido regaladas á la reina Victoria de Inglaterra con motivo de la celebración del jubileo. Muchas de ellas labradas en bronce representan símbolos de la casa real inglesa. Hay otras de metales preciosos con incrustaciones de piedras, como broches, pulseras y agujas, que por su forma ó su origen, encierran el recuerdo de una fecha memorable, ya para la historia de Inglaterra, ya para la vida privada de la reina Victoria. Entre estas joyas hay curiosísimos simbolismos de la India, de las islas Británicas y de varias colonias inglesas, evidenciando en conjunto el amor y el respeto que siente el pueblo inglés por su digna y virtuosa soberana.

GRABADO NÚM. 15.—*Medias última novedad*.—En atención á que durante la presente época de calor el zapato bajo priva mucho por su comodidad y frescura, siendo las medias un detalle interesantísimo para toda mujer elegante, recomendamos el uso de las de hilo de escocia lisas, en colores pálidos, ó las bordadas y cala-

das de seda, siendo el género de dibujo reproducido en nuestro grabado el que más aceptación tiene en las esferas donde reina el buen gusto.

GRABADO NÚM. 16.—*Sombrero parisien*.—Es de paja dorada, con grande ala que sombrea deliciosamente el rostro, forrado de *surall* rosa, cubren la copa que no es muy alta espléndidas lazadas de cinta labrada, color *crème* y una hermosa pluma *crème* también, cae graciosamente hacia el cuello, mientras que dos más cortas, color de rosa pálido, se elevan á manera de pompón hacia el centro de la copa, armonizando con las lazadas que le adornan.

GRABADO NÚM. 17.—*Trajes para señora y niño*.—El traje para señora que ofrecemos en este grabado, es propio para asistir á carreras y aún á toda clase de fiesta campestre, recomendándose por su elegante sencillez. El traje es de tela brochada, color heliotropo, con falda lisa á pliegues muy grandes, túnica recogida á un lado, lisa también y ligeramente ondulada en sus bordes. En cuanto al cuerpo, es coraza, de aldeta algún tanto larga, lleva banda y pe-

queño chaleco negro con manga estrecha y larga. Respecto al traje del niño, es de lanilla azul marino, con cuello ancho y vuelto, última novedad actualmente en Londres. Ambos modelos son ingleses.—LAVINIA

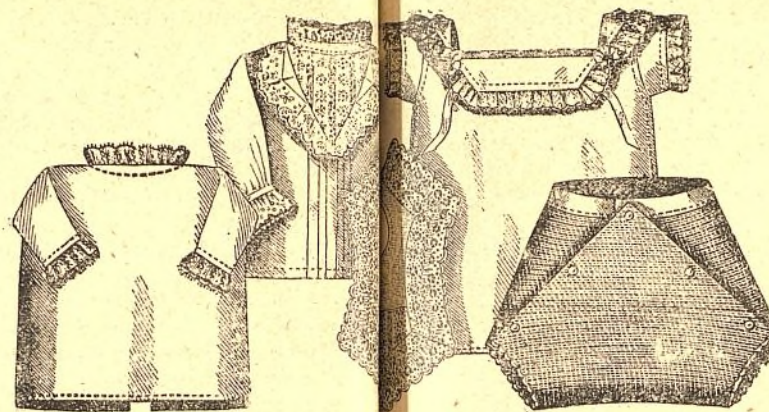
DON FA-TUTTO

(CONTINUACIÓN)

—Sentaos.—le dijo ella;—es menester que hablemos. Sería una orgullosa si rehusara un obsequio de un amigo como vos; pero en vuestra manera de ofrecerme este presente, hay una intención secreta. Conocéis mi situación, no dudo que mistress Hobbes os habrá largamente escrito sobre eso; con toda la delicadeza posible y sin decirme una palabra me hacéis saber que cuanto poseéis está á mi disposición ¿no es verdad?

Don Alviso bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien; amigo mio,—repuso Marta,—os quedo por ello tan reconocida como si hubiese apelado á manos llenas á vuestra bolsa. Por desgracia, es un placer que no puedo concederos.



6.—BLANCA



5.—TRAJES PARA NIÑOS

—¿Por qué?—preguntó don Alviso.

—Porque en mi desvalimiento, abandonada como me veo por mi familia, no tendría ningún medio de devolverlo.

—¡Ningún medio!—exclamó Centoni;—¿cuándo una palabra de vuestra boca podría hacer la felicidad de toda mi vida!

—¿Cómo!—repuso miss Lovel;—¿qué decís? ¿Acaso me amaría por ventura?

—Con toda mi alma, signora, con toda mi alma.

—¿Estáis bien seguro de ello, mi pobre Centoni?

—Perfectamente seguro.

—Y yo lo ignoraba! ¡Esto es increíble! ¿Desde cuando me amáis?

—Desde el día que mistress Hobbes me dio á conocer vuestra desgracia.

—Os reconozco bien en eso,—dijo miss Lovel con una sonrisa que no pudo reprimir.—Para que el amor os viniese, fué menester que yo lo hubiese perdido todo.

—Sí,—respondió Centoni,—todo, excepto vuestra belleza, vuestras gracias, vuestro talento; todo, excepto lo que hace que se os ame, y cuando se pone el corazón á los pies de una mujer como vos, se pone también su fortuna, su honor y su nombre.

Miss Marta bajó los ojos y su rostro se coloró con un rubor hechicero.

—¡Ay, mi pobre amigo,—dijo,—mi corazón no es libre!

—Lo sé,—repuso don Alviso.—Tenéis compromisos con un joven de vuestro país que habita actualmente en Hanover; pero será menester ver si vuestra desgracia tendrá también por efecto aumentar su ternura...

—He ahí un mal pensamiento, Centoni,—dijo Marta.

—No me ha venido á las mientes sin razón. ¿Queréis que os diga lo que pasa? He leído todos los sobres de vuestras cartas: si he hecho mal, refidme, pero en fin, los he leído. Hace un mes, y aún más, que no habéis recibido carta de Hanover. Habéis escrito dos veces; habría habido tiempo de contestaros,—he contado los días,—y la respuesta no llega.

—Ya llegará, no lo dudéis,—respondió Marta.

—¿Estáis bien seguro de ello á vuestra vez?

—¡Ah!—exclamó miss Lovel ocultando su rostro entre las manos,—sería para morir de vergüenza y de dolor.

—Esperemos, pues, que esta respuesta vendrá,—repuso don Alviso,—y que será tal como la deseamos. Y ahora, puesto que sabéis que daría de buena gana mi vida por vos, hay que prometerme que no volveréis á casa San-Quirigo.



8.—INFANTILES

—Amigo mio,—respondió Marta:—sois el más generoso y el mejor de los hombres, pero esos servicios que me ofrecéis los espero de otra persona.

—¿Y si os hacen esperar por demasiado largo tiempo?

Miss Marta levantó la cabeza con altivez:

—¡Jamás,—dijo,—jamás aceptaré lo que me sería imposible devolver!

—¡Ingrata!—exclamó Centoni dando con sus manos una contra otra.—¡Cruel, extraña mujer! Se dejará morir de hambre antes que aceptar los servicios de un hermano, porque yo soy vuestro hermano mayor. Y os reto á que me lo impidáis. ¡Para generosidades estamos aquí! Se trata de vivir; ved de ser bastante generosa para no dar á los que os aman el pesar de perderos...

—Pues bien ¡trataré!... veré... Sí, caro Alviso, hay que soportar la vida cuando se tiene un amigo como vos.

Y volviendo á tomar el tono de chanza:

—¿Sabéis,—prosiguió ella,—que sois un hombre violento, un despota, un Cristóforo Moro?... A propósito; estoy muy contenta de tener mi caja del rinoceronte; pero hay en la guarnición un filete de oro que se despegó.

Centoni examinó la caja; sacó de su bolsillo un cortaplumas para ahuecar la concha y limpiar la ranura antes de volver á hacer entrar el filete de oro. Al cabo de un minuto estaba absorto en su trabajo y daba á miss Lovel explicaciones minu-



7.—TRAJES INFANTILES

cias que ella parecía escuchar con el más vivo interés. Cuando hubo concluido le dió las gracias y no volvió á hablarse ya de cosas serias. Por la noche Pilowitz creyó notar que miss Lovel tenía para ese Don Fa-tutto miradas y sonrisas de una dulzura no acostumbrada.

«Hay placer,—dice en alguna parte La Bruyère,—en encontrar los ojos de una persona á quien se ha favorecido.» Muchas veces en su vida había gustado Centoni ese placer; pero esta vez conoció cuánto más raro y más bello es el goce, cuando la persona favorecida es la mujer que se ama.

Pocos días después encontró en el palacio Grimani una carta sellada en Hanover. No sintiéndose con valor para asistir á la apertura de esta carta, la entregó á la locandiera de miss Lovel. Al medio día recibió un papel doblado aprisa y ajado, en nada parecido al billete de una petimetre.

«Caro Alviso,—le escribía Marta,—lo que habíais previsto ha sucedido: mi desgracia aleja de mí al cobarde corazón con quien contaba. Me lo hace saber él mismo con la franqueza y en el estilo de un comerciante de la City de Londres.

»La ocasión sería hermosa para dejarme morir; pero trataré de vivir puesto que os lo he prometido. Decid á nuestros amigos que una jaqueca me obliga á encerrarme hoy. Mañana os recibiré á todos como de costumbre. Si me veis con los ojos enrojecidos, vos sólo sabréis la causa. Hay que borrar de mi vida cuatro años de ensueños y de esperanzas que reposaban en una mentira. No hay bastante en veinticuatro horas para esta amputación. El desprecio y el orgullo herido me ayudarán; veremos enseguida si la amistad tendrá el poder de curarme.

»Vuestra triste y verdaderamente arruinada, Marta»

VIII

La ribera de los Zattere, situada á lo largo del bello canal de la Giudecca, es uno de los lugares más agradables de Venecia. La buena sociedad no se digna jamás mostrarse allí; el paseante solitario puede soñar á orillas de la laguna sin temor de encontrarse con una cara conocida. Sin embargo, el capitán Pilowitz, al volver del ejercicio del campo de Marte, pasó por la ribera de los Zattere al frente de su compañía. Vió de lejos á miss Lovel apoyada en el brazo de Centoni. Ahora bien: el uso en Venecia no permite dar el brazo; es un honor

reservado exclusivamente á los novios de las jóvenes y á los *cavalieri serventi* de las damas. Miss Lovel no podía ignorarlo.

La isla de los *Giardini* es otro lugar encantador, casi tan desierto como la ribera de los *Zattere*. El abate Gherbini hacíase algunas veces conducir al convento de los Padres Armenios para charlar con el padre Stéfano y el pa-

dre Pasquale de sus viajes por Oriente. Iba allí una mañana y su góndola doblaba la punta de los *Giardini*, cuando al sacar la cabeza por la ventana reconoció á Centoni y á miss Lovel de codos en la balaustrada de la terraza y contemplando el bello panorama que presentaba el muelle de los Esclavones, el palacio ducal y la cúpula de la *Salute*.

lo cual el capitán Pilowitz añadió, sonriendo bajo sus bigotes, que los signos de familiaridad concedidos por una mujer bonita á un hombre sin consecuencia, eran favores que no se podía envidiar, ni áun desear.

Mientras sus amigos sacaban tan justas conclusiones, don Alvisio y miss Lovel se paseaban por las umbrías solitarias del jardín botánico.

—Debéis encontrarme bien ridículo,—decía Centoni;—no he comprendido nunca lo que los franceses llaman hacerle la corte á una mujer. Vuestra belleza os expone á saber más que yo sobre eso. Haced el favor de decirme como lo hacen los demás hombres.

—Por lo que mi corta experiencia me permite juzgar,—respondió miss Lovel,—el método generalmente empleado me parece que es este: cuando esos señores nos han dado á entender que nos encuentran de su gusto, no tienen más que un pensamiento y es hacernos saber cuanto nos honra su preferencia. A fin de que no podamos pretextar la ignorancia de sus méritos nos repiten todo lo que han dicho de ingenioso en su vida; cuéntannos todas sus acciones brillantes, y ¡sabe Dios de lo que se alaban cuando su inteligencia no está á la altura de sus ganas de agradar! Por ese medio se procuran una retirada honrosa en caso de derrota. Claro está que si nuestro corazón no se les rinde, es que no somos capaces de apreciarles. Desgraciadamente, la preocupación demasiado visible de salvar su amor propio despierta nuestra desconfianza y nos pone en guardia. Este método tendría algo de bueno si se practicara ingenuamente. El deseo de hacerse valer á los ojos de la persona á quien se ama, es natural y legítimo. Por parte de un hombre sencillo y modesto, como vos por ejemplo, sería una prueba de amor hablar ventajosamente de sí mismo; así pues, mi querido señor, si es verdad

que me amáis, habladme bien de vos mismo. —¡Me desoláis!—respondió Centoni:—siento amargamente hoy la miseria y el vacío de mi existencia. ¡Qué no daría yo por tener que contaros uno de esos rasgos que hieren la imaginación de una mujer! *Fare colpo*, como decimos los italianos, *faire impression*, como dicen los franceses, hé ahí la gran palabra: no sabría mentir, sin embargo, y me veo obligado á confesaros que no cuento en mi vida ni un rasgo de ingenio ni una acción notable.

—En cuanto á ingenio,—repuso Marta,—se tiene siempre bastante con un corazón como el vuestro, y os citaré á este propósito un proverbio



9

TRAJES PARA JARDÍN



11.—SOMBRERO CAPELINE



12.—SOMBRERO MONTESPAN



13.—SOMBRERO NINON

Por gran extraordinario, el comendador Fiorelli, que no salía nunca de Venecia, se dejó llevar á Santa Isabel del Lido el día de la *Sagra*. Costeando la isleta de Santa Elena, que es una propiedad particular donde no se entra sin permiso, percibió á través de los árboles un joven y una joven que paseaban juntos. La demasiada distancia le impidió distinguir sus facciones, pero la góndola que les había conducido estaba amarrada á la escalera de la *riva* y en la proa de esta góndola el viejo Beppo fumaba en pipa esperando á su patrón.

Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, todo el mundo adora en Venecia las comadrerías. Gló-

sase mucho sobre el prójimo, pero solamente para reirse, y un mal propósito echa al otro. Los amigos de miss Lovel no dejaron de comunicarse sus reflexiones respecto de los tres encuentros que habían tenido separadamente. En el momento de entregarse á las conjeturas y maledicencias, detuviéronse por respeto al carácter de miss Lovel. Después de maduro examen, decidieron que una persona tan razonable estaba por encima de toda sospecha, y se convino en que había escogido para sus excursiones un excelente *cicerone*. La verosimilitud nos permitía por otra parte hacer del buen Centoni el héroe de una historieta galante, á

Ayuntamiento de Madrid

bio oriental que parece hecho para vos. Un poeta persa ha dicho: «El ingenio puede correr cuanto quiera; de un sólo salto el corazón irá siempre más lejos que él.» —Hé ahí porque en un día os habéis transformado.

—¡Ah signorina!—dijo Centoni;—ahora es cuando comienzo á esperar, porque me verá mejor de lo que soy, y en efecto, ¿como podría encontrarme nunca digno de vos, á menos de mirarme con ojos prevenidos? Pero en lo que llamáis mi transformación hay una causa divina que olvidáis decir.

—¿Cuál?—preguntó Marta sonriendo.

—Mi amor por vos.

—Sí, caro Alviso, el amor ha hecho de vos otro hombre, y no sería yo muy mujer si lo ignorase aún.

Hablando así, Marta se apoyaba con más abandono en el brazo de Centoni.

—Y bien,—dijo,—¿no sería este el momento de pronunciar la última palabra que me haría tan feliz? Ved esas plantas raras, esas bellas flores reunidas de todos los puntos del globo; apelo al testimonio de esos testigos mudos y encantadores de que tomo por esposa á miss Marta Lovel, si ella quiere aceptarme por marido.

Marta bajó la cabeza y respondió muy bajo:

—Acepto.

Después extendió la mano hacia un grupo de arbustos de Surate. En el momento de romper una ramilla detúvose leyendo en una tarjeta la palabra: *venenosi*. Este grupo de plantas exóticas era el de los terribles venenos de la India. Algunos pasos más lejos vió una *mimosa púdica*, y á pesar de la consigna que prohibía á los paseantes tocar las plantas, cogió un ramo de ella que Centoni escondió en su bolsillo.

IX

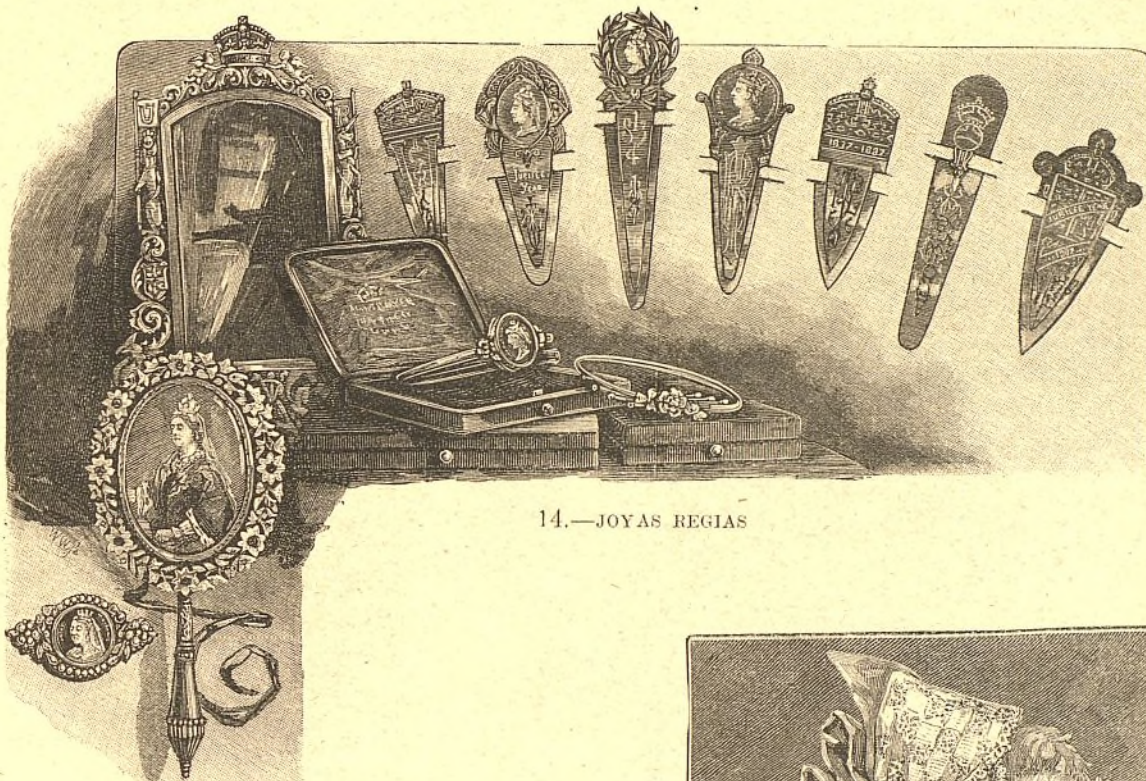
La vuelta de los austriacos á Venecia no restauró más que el gobierno imperial. El aspecto de la ciudad era sombrío y desolado. Por mil indicios sentíase que la guerra proseguía en los espíritus, entre la guarnición y los habitantes. No era ya aquel hermoso tiempo en que la plaza de San Marcos parecía un vasto salón. La música militar daba allí sus conciertos para los oficiales y algunos extranjeros. Por orden de un comité político cuya organización y miembros que lo componía eran desconocidos, las mujeres debían circular de incógnito por la laguna, cerrando los postigos de sus góndolas. El comercio estaba anonadado y la miseria tomaba proporciones espantosas. Precisamente á la hora en que el mundo elegante afluí á San Marcos y bajo las Procurazze algunos jóvenes se reunían lejos de allí, en la plaza de San Stéfano y tomaban sus refrescos en un oscuro cafetín. Centoni no aprobaba esta política de tacañería. Una noche se fué al café de la plaza de San Stéfano y acercándose á una mesa alrededor de la cual hablábase en voz baja se pronunció contra estas manifestaciones sin

alcance que arruinaban inutilmente el país.

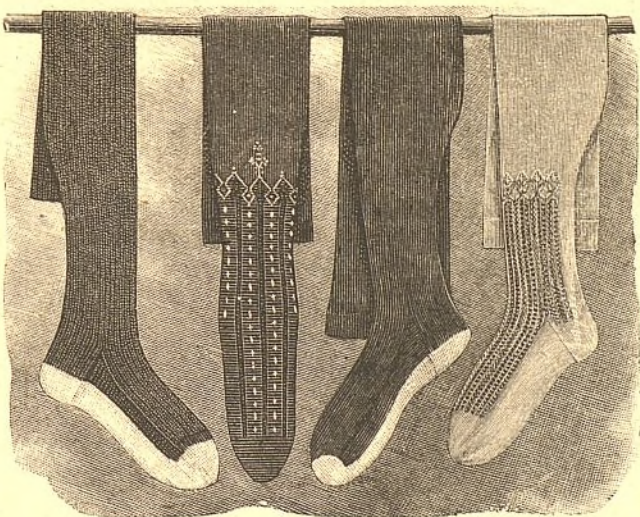
—No es menester,—decía,—llevar hasta el suicidio el odio á un gobierno que se está obligado á soportar. Esto es imitar á los japoneses cuyo pundonor consiste en clavarse un puñal en el vientre en presencia de su enemigo.

—No, señor Alviso,—respondió un joven patriota entusiástico,—no es eso un suicidio. Venecia, es verdad, parece hoy más miserable que lo fuera nunca; los teatros están cerrados, las rela-

ciones sociales son nulas, las fortunas han quedado destruidas, por do quier ruína, andrajos, silencio; pero esta muerte aparente es preferible aún á la resignación de otras veces. En el fondo de la conciencia humana hay una región donde no penetran ni la autoridad de los decretos ni la fuerza de las bayonetas, y en este secreto, repliegue de nuestras almas, escondemos la esperanza de mejores tiempos. Con eso, se sufre, pero se vive.



14.—JOYAS REGIAS



15.—MEDIAS ÚLTIMA NOVEDAD



16.—SOMBRERO PARISIÉN

Centoni persistió en su opinión y sostuvo que en el momento que llegaría la hora de la liberación, Venecia, aniquilada por sufrimientos demasiado largos, se encontraría imposibilitada de sostener una nueva lucha.

Quizás esta conversación fué escuchada por algún espía. Al día siguiente el joven contradictor de don Alviso era detenido y conducido á la cárcel civil. Centoni experimentó alguna inquietud recordando que había pronunciado también palabras poco comedidas en el calor de la discusión. En ello estaba pensando cuando un anónimo, precedente sin duda del comité secreto, vino á hacerle sabedor del desprecio que sus opiniones inspiraban á los miembros de dicho comité. Requeríale también para que cesara en lo sucesivo en sus liberalidades para con la gente del pueblo, cuyas miserias no se quería

fuesen aliviadas. En lugar de asustarle, tranquilizaronle semejantes amonestaciones. No era muy probable, en efecto, que un mismo individuo pudiese á la vez ser sospechoso á la policía y verse amenazado por los conspiradores. Sin embargo, un día don Alviso, que era muy cuidadoso, creyó notar algún desorden en sus papeles. La criada Teresa le manifestó que mientras se hallaba fuera habían venido dos arquitectos para visitar la casa, que decían ser poco sólida. Desde hacía algún tiempo Centoni estudiaba la lengua inglesa. Un tomo de las poesías de Lord Byron, perteneciente á miss Marta, estaba sobre la mesa. Había dejado aquel volumen abierto en medio del cuarto canto de *Child Harold*, en la estrofa 79, que empieza así:

The Niobe of nations! thare she stands
Childless and crownless, in her voiceless woe!

«¡La Niobe de las naciones! ¡Héla ahí en pie, sin hijos, sin corona, sin voz en su desgracia!»

Y en el margen de un pliego de papel donde esos versos estaban traducidos en lengua italiana, Centoni había cometido la imprudencia de escribir en francés esta nota sediciosa: «privada de voz y de corona, sí; pero no de hijos.»

Todas las noches, después de las doce, separábanse los amigos de miss Lovel, al salir de su casa, frente a la iglesia de San Maurizio, Centoni dirigíase invariablemente a su domicilio por la plaza Sant-Angelo, y, al pasar por el puentecillo de San Paterniano, no dejaba de saludar la casa donde había vivido Manin. Una mañana la fiel Teresa entró deshecha en llanto en el cuarto de miss Lovel. No sabía qué se había hecho su amo. Menester era que hubiese sido secuestrado ó asesinado en el trayecto de San Maurizio a la Riva del Carbón. Teresa,

preguntando a otras criadas por el camino, acababa de saber que una barca con tres remeros, pintada de negro y amarillo, habíase detenido a media noche en el puente de San Paterniano, y se había visto a unos hombres con uniforme verde en las escaleras del puente como si esperasen a alguien. Miss Lovel escribió apresuradamente a sus amigos para informarles de esos pormenores. Pilowitz y el abate Gherbini fuéronse juntos a la policía. El señor *direttore* les recibió con toda suerte de atenciones. Los partes de sus agentes no señalaban ningún atentado contra las personas cometido la noche precedente.

—En cuanto a las opiniones de vuestro amigo,—añadió el *direttore* sonriendo,—nos son perfectamente conocidas y aún su expediente se ha enriquecido hace poco con notas excelentes; tranquilizaos, pues, señores. Don Alvisio Centoni parecerá sano y salvo en alguna parte. Con todo, si mañana no tenéis noticias suyas, lo haré buscar.

Ninguna noticia de Centoni al día siguiente. El *direttore* parecía muy sorprendido y ordenó al punto comenzar una información. Pasaron días y semanas sin que se descubriese nada. El abate Gherbini, más desconfiado que Pilowitz, cayó en la cuenta de que los discursos y promesas del *signor direttore* podían interpretarse en un sentido irónico. Esas notas con que se había enriquecido el expediente de Centoni significaban, tal vez, una denuncia. Miss Marta se vió obligada a desear que la sospecha del abate se confirmase; hubiera querido saber que su amigo estaba preso, mientras estuviese vivo y después sentía escalofríos al recordar los ho-

rrores que se contaban del régimen de las prisiones de Estado. En estos trances recibió la visita de Susanetta y de la enana Betta que venían a ofrecerle sus servicios. Ya Susanetta había hecho fuego con sus bellos ojos para seducir a uno de los uniformes verdes de la *polizia*. Este hombre le había enterado de que las investigaciones y la información sobre la desaparición misteriosa del signor Centoni, no existían sino de boca.

—¡Desgraciado!—exclamó miss Lovel;—no le veremos más. Está en el *carcere duro*.

—No lloréis, signorina,—dijo Susanetta.—Más adelante, si es menester, derramaremos todas las lágrimas de nuestros pobres cuerpos. Importa por hoy ver claro y las lágrimas nublan la vista. Mañana ¿comprendéis? mañana sabremos si nuestro caro patrón se halla todavía en Venecia.

—¿Y cómo lo sabréis?—preguntó miss Lovel.

fin, signorina, nos sería menester un cuartillo de florín, veinticinco sueldos, y no los tenemos (1).

Marta quería dar un napoleón de oro, pero la enana sabía por experiencia que una pieza de oro entre sus manos hacía abrir un palmo de ojos a toda la ciudad. No se podía emplear bastante prudencia y puesto que mediante veinticinco sueldos se estaba seguro del éxito de la empresa había que persistir en ello. Con esta suma, pues, pusieron en campaña las dos pobres hijas del pueblo para luchar en astucia con la policía. Al cerrar la noche, celebróse en el tabuco donde vivía el pregonero una larga y grave conferencia durante la cual el cuartillo de florín cambió de dueño y los conjurados se separaron dándose cita para el día siguiente a las ocho y media de la mañana en el muelle de los Esclavones.

Las funciones de pregonero en Venecia no

están al alcance de todo el mundo. La fuerza de los pulmones no es sino un don natural que no bastaría si faltase el talento. Es menester que la venta de un mobiliario sórdido sea anunciada como si valiese millones. La condesa que ha perdido su perro quiere que la recompensa prometeda excite la codicia de la ciudad entera. Es menester que el anuncio del espectáculo haga nacer en las imaginaciones cuadros embriagadores; de ahí viene que las últimas vociferaciones del artista pregonero imiten los murmullos y vocerío de la muchedumbre



17.—TRAJES PARA SEÑORA Y NIÑO

—Interroga a Betta vuestra señoría,—respondió Susanetta.—En ese cerebro que no es mayor que mi puño, hay un proyecto que no hubieran podido imaginar una docena de diablos. He jurado no decir nada. Conque, Betta, habla tú, si quieres.

—No,—respondió la enana en tono resuelto;—nada diré; un proyecto del cual se habla queda desbaratado ya de antes. Suplico a la signorina tenga confianza en mí. ¡Ay! en este país de desgracia donde se dice: ¡Guárdeme Dios de mis amigos! ¿de quién puede fiarse? Trátase de saber si la signora le quiere al patrón.

—Sí, le quiero,—dijo miss Lovel,—y fío en tí. ¿Qué quieres que haga, Betta?

La enana bajó los ojos y guardó silencio.

—Hé aquí de que se trata,—dijo Susanetta,—nos sería menester dinero.

—Todo lo que poseo está a vuestra disposición,—respondió Marta.—¿Cuánto habéis de menester?

—¡Oh, no es para nosotras,—replicó Susanetta,—pero el pregonero que es del complot, pide dinero para hacer algunas larguezas. En

que por la noche correrá en tumulto a su llamada. Aún a veces compadres pagados rodeándole y asistiendo con gritos de admiración y asombro. Para este accesorio de *mise en scene* debía servir el capital adelantado por miss Lovel. Después de haber hecho sus pregones de mañana en diversas plazas, en el Rialto y delante de muchos hoteles, el pregonero, seguido de cuatro pilluelos, desembocó en el muelle de los Esclavones a la hora convenida. Al punto se detuvieron los transeúntes y formaron un corro al cual se mezclaron Susanetta y Betta.

Desde el Hotel Real a las cárceles civiles la distancia es de cerca treinta pasos. Un agente de policía notando que el pregonero se detenía más cerca de la cárcel que del hotel aconsejóle que cambiara de sitio y le mostró las ventanas enrejadas diciéndole que los pensionistas no iban al teatro; pero el pregonero respondió que quería ser oído de los empleados de las *prigioni*.

(Se continuará) Traducción de C. M.

(1) El cuartillo de florín no vale más que doce sueldos y medio francés. Susanetta habla de sueldos venecianos.